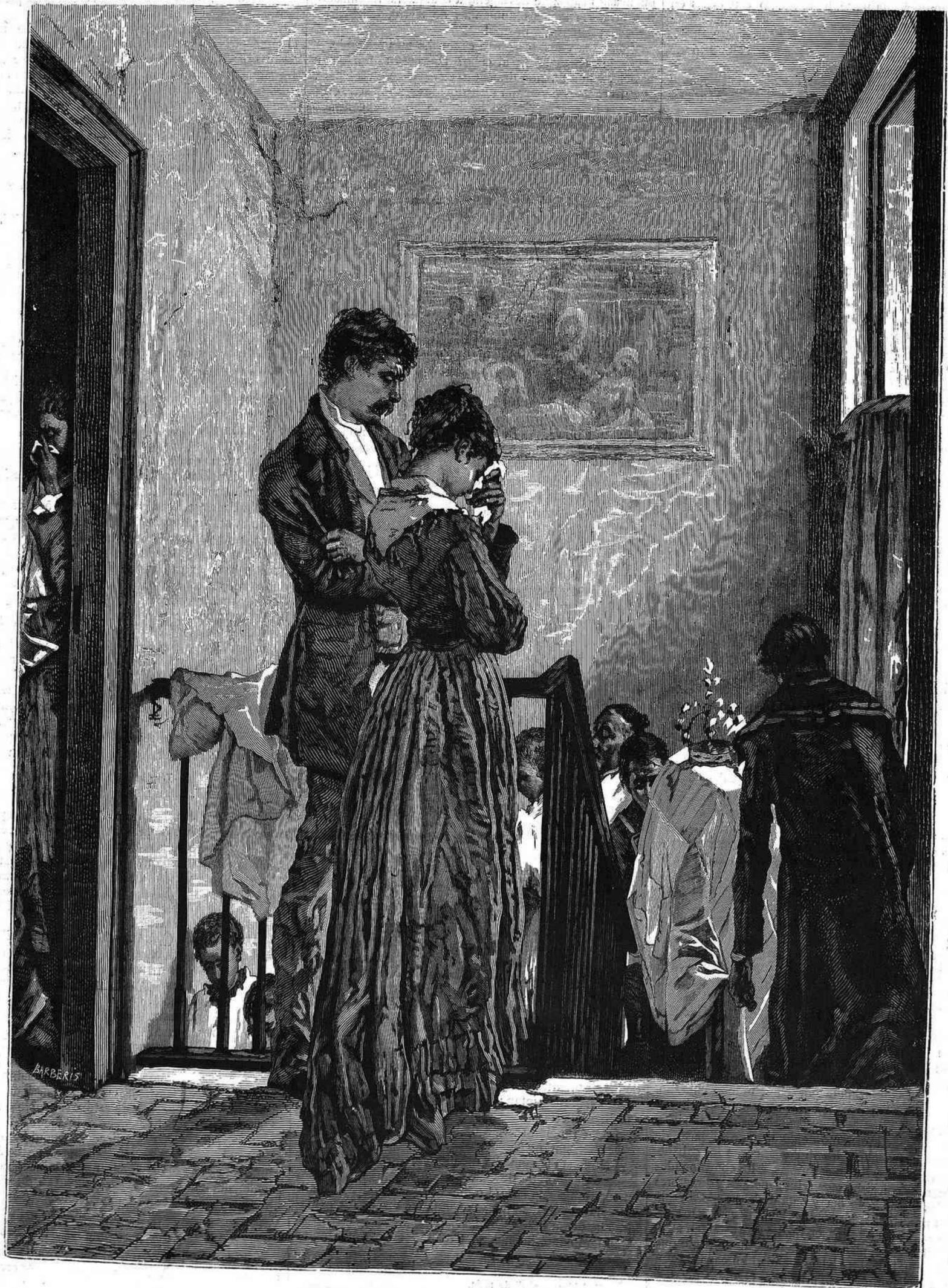




AÑO II

← BARCELONA 9 DE ABRIL DE 1883 →

Núm. 67



EL MAYOR DOLOR, cuadro por Dall'Oca Bianca

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—LA PLUMA Y EL CAÑON, por don Federico de la Vega.—EL GUARDIAN DE SAN FRANCISCO (*Tradición granadina*), por don Salvador Perez Montoto.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.—CRÓNICA CIENTÍFICA.—*La unidad de la materia* (1), por don E. Benot.

GRABADOS.—EL MAYOR DOLOR, cuadro por Dall'Oca Bianca.—PRADOS A ORILLAS DEL RHIN, cuadro por Herman Baisch.—LAS QUINTAS, cuadro por J. L. Pellicer (*grabado por E. y A. Tilly*)—PESCADOR DE MARISCOS, estatua en bronce por A. D'Orsi.—EL VIOLINISTA, copia de un dibujo á la pluma, por A. Casanova.—Lámina suelta: VENDEDOR DE IMÁGENES, cuadro por Matias Schmid.

REVISTA DE MADRID

La emoción producida por una tormenta.—Salvas de artillería.—Lo que se ve por cinco céntimos.—Antes de la fiesta.—Ventajas de la imaginación.—La crónica de modas.—Monotonía de los festejos.—En busca de billetes.—Conflicto entre dos títulos.—Dificultades concejiles.—Billetes..... ó la vida!—Vanidad humana.

Para que nada faltase á la variada exposición meteorológica que la venerable Naturaleza nos está presentando de algun tiempo á esta parte, ha resonado estos días en los aires el eco de una tronada.

¡Manifestación completa de los fenómenos naturales!... ¡Nieve, granizo, lluvias.... y últimamente el conato de emoción producida por la tormenta!

No podemos quejarnos. El mes dedicado al belicoso Marte ha tenido todos los caracteres aplicables al antiguo Dios de la guerra.

Escuchando el rumor lejano de los truenos decía la otra mañana un palaciego:

—¡No hay cuidado! Eso son salvas de artillería con que en las alturas celebran las bodas de Su Alteza.

* *

Yo me enteré de toda la ceremonia sentado en un café y haciendo los honores del día á una legítima botella de cerveza de Baviera.

El mozo que me sirve me trajo un periódico.

—¿Estuvo usted, señorito?

—¿Dónde?

—¡Vaya!... ¿dónde había de ser?... ¡en Palacio!

—¡Ah!... sí, es verdad; hoy se ha celebrado la boda de la infanta Doña Paz con el príncipe de Baviera.... Pues, mira... no estuve. ¿Y qué ha ocurrido?

—Este periódico trae la descripción de la fiesta. ¡Lea usted!... lea usted, y pasará un buen rato.

Como en aquel momento no tenía nada que hacer, leí el periódico que el mozo me entregaba.

No sé cuánto tiempo duró la lectura. ¿Fueron minutos? ¿fueron horas? No me es fácil precisarlo. Sólo puedo asegurar que dejé el periódico sobre la mesa, abrumado bajo el peso de tanto adjetivo como se había salido del diccionario para acudir á las necesidades del redactor encargado de describir la fiesta, estrujado mentalmente por la multitud que había llenado de curiosidad y de anhelo las galerías del palacio, deslumbrado por los ricos trajes de las aristocráticas damas que asistían á la ceremonia y poseído de fervor religioso ante la brillante solemnidad verificada en la real capilla.

¡Todo esto por cinco céntimos que me había costado el periódico!

—¡Vaya! —dije. Podrá hacerse cada vez más dificultosa en Madrid la subsistencia. Los cabezas de familia se quejan de que ha subido el precio de la carne, de que los tahoneros amenazan con hacer dar otro vuelo al pan nuestro de cada día, de que hasta las patatas, ese alimento del pobre, se han encarecido.... Todo esto será verdad. los artículos llamados de primera necesidad andan por las nubes. Pero el pan del espíritu se da por cinco céntimos. Hé aquí que mediante esa cantidad yo he asistido mentalmente á la fiesta que preocupaba desde hace muchos días al curioso público madrileño. Gracias á mi imaginación y á las facultades que para describir toda clase de hechos adornan al redactor del periódico, yo me encuentro en una situación igual á la de las personas que soñaron la noche anterior con la asistencia al acto de la boda, que se levantaron apenas amaneció y cepillaron su ropa y dieron órdenes á los criados y tomaron disposiciones para no llegar tarde.

—Mariquita ¡el chocolate! ¡Pronto, que se está haciendo tarde!

—¡Ay Dios mio! ¡á qué hora llegaremos!

—Di Manuel, tú que entiendes de *astronomía*, ¿qué te parece, va á llover? El cielo está así, como si amenazara tormenta....

—¡No hay cuidado mujer! Mas por si acaso, llevad las sombrillas que os pueden servir á la vez para el sol y para la lluvia.

—Sí, sí; será mejor. ¡Ea, vamos! Mariquita cuida bien de la casa y de los niños. Adios, hijo mio.... pichon, dame un beso.... Ay Mariquita por Dios, mucho cuidado.

Yo me finjo perfectamente todas estas conversaciones, y veo á la multitud apiñada en las galerías del palacio, y oigo el prolongado murmullo de aprobación al paso de la comitiva.... y saludo á los diplomáticos, á los caballeros de las diversas órdenes españolas, á los comisionados de los Cuerpos colegisladores, á los generales y directores de todas las armas, á la flor y nata de la grandeza española, á los ministros, á los gentiles hombres, á los mayordomos de semana y á todos, en fin, los que ostentan alguna dignidad, alguna placa, alguna cruz, algun título que los eleve sobre el nivel de la generalidad humana.

—¿Qué tal, señorito?—me preguntó el mozo de café rompiendo el curso de mis meditaciones.

—¡Muy bien! ha sido una ceremonia festejada y aplaudida. Nunca he visto un zaguante de alabarderos tan compacto.

* *

Verdaderamente hay cronistas, —y yo soy uno de ellos —que no sirven para detallar los caprichos de la moda ni los mil adornos de un vestido.

Los trajes de mujer tienen colores especiales que no se encuentran ni en el arco-iris; yo naufragaría, de seguro, si pretendiera engolfarme en los plegados y bullones de una falda. Renuncio pues á hacer el papel de modista. Que los trajes de la novia son riquísimos é innumerables, lo saben todas las mujeres que han seguido con atención el relato hecho en los periódicos acerca de la canastilla de boda.

Yo he fijado más particularmente mi curiosidad en los festejos que se habian de celebrar durante los días de gala.

Preciso es confesar que los recursos humanos son siempre pobres en tales casos. La monotonía de las fiestas públicas es capaz de desesperar á cualquiera. Iluminaciones, fuegos artificiales, funciones de teatro, corridas de toros.... ¡Siempre lo mismo!

Y áun esta vez el programa es mucho más reducido.

¿Qué se hace al fin y al cabo? Dos cosas: un baile en palacio, y una función dramática en el teatro de la Opera.

Pero todo esto se halla revestido de cierto misterio. Yo por más indagaciones que he hecho no he encontrado todavía á nadie que pudiera contestarme lo siguiente:

—Estoy invitado al baile;

O bien:

—He recibido billete para la función de teatro.

De modo que en el instante en que escribo estos renglones Madrid se halla en esta situación:

Una gran multitud que bebe los vientos por asistir á cualquiera de ambas ceremonias ó á las dos juntas, y una Comisión de reparto de billetes que al parecer se mantiene en la inmovilidad más absoluta.

¡Hay quien supone que todo es un sueño!

* *

Pero no; *e pur si muove*; el baile será una realidad, y la mejor razón para creer que el espectáculo de la Opera no es una quimera está fundada en el hecho de que ya produjo desagradables consecuencias entre dos antiguos periodistas conservadores, que á la vez son títulos de Castilla.

¿Porqué no se han de decir los nombres? Son el marqués de Valdeiglesias y el conde de Casa Sedano.

El presidente del Ayuntamiento de Madrid, Sr. Abascal ha echado sobre sus hombros el enorme peso de repartir los billetes para la función de teatro. Y en cuanto esta noticia circuló por la corte, millares de peticiones cayeron sobre el alcalde. ¡Es tan *grato* asistir á una función *gratis*!

No es fácil saber cómo se las ha arreglado la primera autoridad del municipio. Pero de seguro ha comprendido que el papel de repartidor en las funciones teatrales es uno de los papeles más difíciles.

Desde luégo la prensa, esa fuerza de nuestros días, como anfibológicamente se la llama, se ha encontrado sin billetes.

—¡Cómo es eso!—dicen que preguntó un periodista al Sr. Alcalde.

Y éste contestó:

—Acudid al marqués de Valdeiglesias, á quien por ser propietario del periódico más antiguo de Madrid, *La Epoca*, le envié diez palcos para que los repartiera entre sus colegas.

Esta noticia circuló por los periódicos, y al día siguiente la casa del Sr. Escobar veíase asediada por multitud de peticionarios. El marqués de Valdeiglesias no había recibido billete alguno.

¡Pero vayan ustedes á hacer comprender esto al individuo que tiene mujer, hermanas, hijas, amigos y hasta electores que le acosan con esta frase terrible:

—¡Billetes.... ó el desamor, el desprecio y el olvido!

Tanto vale decirle á uno:

—¡La bolsa ó la vida!

En estas circunstancias el conde de Casa Sedano se encontró frente á frente del marqués de Valdeiglesias en el salón de conferencias del Congreso. Cruzáronse palabras algo duras.... hubo amenazas y nombramiento de padrinos.

Pero claro está que una vez explicado el *quid pro quo*, esos dos títulos de Castilla volverán á darse el título de amigos.

Entretanto el Sr. Abascal medita los medios de trasladar su Ayuntamiento al desierto de Sahara, á fin de huir de los postulantes.

Ahora, si preguntan ustedes á la mayor parte de los que solicitan billete:

—¿Qué función se va á dar?

Os contestarán:

—No lo sé: la comedia me importa poco. Que sea de Rojas ó de Moreto, de Calderon ó de Lope, esto es para mí cuestión secundaria. Lo importante es poder lucir allí el traje de gala. Que me vean, que me dirijan los gemelos, que digan «ese es *fulano de tal*».... etc.

¡Oh! vanidad humana.... ¡Cuando dejarás de reinar sobre la tierra!

PEDRO BOFILL

Madrid 4 de abril de 1883.

NUESTROS GRABADOS

EL MAYOR DOLOR, cuadro por Dall'Oca Bianca.

El joven matrimonio ha perdido á su primer hijo. Fruto de un amor verdadero, durmióse niño y despertó ángel.

Como la Virgen al pié de la Cruz, los padres del muerto *están* en la meseta de la escalera por la cual descende el féretro, colgado de blanco, y coronado de flores, triste privilegio de los que mueren sin haber conocido la malicia del mundo, querubines que tienden el vuelo á las esferas de donde parten los rayos que el sol envía al mundo.

Los padres *están*, es decir *están* de pié, como está el dolor que no tiene siquiera el desahogo de la desesperación; sin lágrimas en los escaldados ojos, sin color en el desencajado semblante, sin movimiento en el rendido cuerpo, sin alíño en el traje, paralizada la sangre, petrificado el pensamiento; vida sin conciencia de la vida, o caso de una tarde tempestuosa, alumbrado por el último resplandor de un sol incoloro y frio como un rayo de luna....

—Si quieres hacerme llorar—decía el gran preceptista latino—empieza por llorar tú mismo.

Pues bien, el autor de este cuadro, de fijo ha cumplido el precepto más de una vez durante la ejecución de su triste obra. Cuando no se siente no se hace sentir.... Ignoramos si Dall'Oca ha pasado alguna vez por el amarguísimo trance de perder á un hijo; en caso contrario Dios le aparte este cáliz, porque es indudable que en tanto nuestro pintor ahonda en esa pena, en cuanto ha encontrado manera de hacerla comprender por medio de imágenes bellísimas, pero tan desgarradoras como bellas.

Quien estas líneas escribe ha pasado por éste calvario. Tenía veinticuatro años tan sólo, y desde aquel día datan su primera arruga y su primera cana.

PRADOS A ORILLAS DEL RHIN, cuadro por Herman Baisch

¿Qué contienen las orillas del Rhin para que hasta tal punto llamen la atención, así de la juventud como de la edad proveyta, así de la mujer amante exclusivamente de lo bello, como del filósofo que en todo encuentra un más allá con que alimentar su inteligencia? Es muy sencillo; tienen, especialmente en la estación veraniega, las manifestaciones de una naturaleza agradecida á la bendición de Dios y á la industria del hombre.

Es necesario recorrer esos lugares como Víctor Hugo los recorrió en su juventud, con el saco de viaje á la espalda y el baston del peregrino en la mano, para saturarse de tanta belleza. Mas aún ahora mismo, en que los príncipes de las letras y de las artes viajan como tales príncipes y no como los humildes trovadores de la Edad Media, las orillas del Rhin, en especial desde Maguncia á Colonia, no tienen rival en Europa.

Y sin embargo, esos prados tan risueños, esos campos donde la utilísima vaca paca tranquilamente una yerba fresca, abundante y jugosa, esas llanuras en donde las montañas parecen simples ondulaciones del terreno, dispuestas para extender cómodamente la vista por aquel océano de verdor, sembrado de poblaciones importantes y de aldeas pintorescas; no siempre han sido, como ahora, una especie de Arcadia feliz. Díganlo las ruinas de sus castillos innumerables, demolidos ó incendiados, unas veces por los mismos alemanes, otras veces por el conquistador extranjero, que es tan feroz en nuestros tiempos como lo fué en los tiempos de Alarico y de Gengis Kan.

Pero el campesino alemán, soldado y labrador á un tiempo como el romano, cultiva con inteligencia y fruición el suelo que recobró su esfuerzo; y depuesta la corona de encina, ama tejerla de dorados pámpanos para engalanar á su robusta compañera y á sus hermosos hijos.

LAS QUINTAS, cuadro por J. L. Pellicer (*grabado por E. A. Tilly*)

Quando nuestro distinguido paisano expuso por primera vez este cuadro, el público, que ya le había hecho justicia en su otro lienzo,—*Chiton, silencio!*... que pasa la ronda....—reconoció que Pellicer no era solamente un gran dibujante y hábil colorista, sino un pensador profundo, que se servía del pincel, como otros se valen de la pluma, para hacer saltar á la vista las horribles llagas del pobre cuerpo social.

Con efecto, *las Quintas*, tal como las describe, pintándolas, nuestro paisano, dicen más que un artículo de fondo, más que un libro entero, en demostración de los perjuicios, de las amarguras, ocasionadas por esa ley, inevitable hasta ahora, que arranca á la tierra sus cultivadores, y lo que es más sensible, á los hijos de los brazos de sus madres.

¡Triste é imperfecta sociedad que ha de defenderse de las agresiones de extraños y hasta de propios!... ¡Menguada civilización que aún continua la palabra *guerra* en el diccionario de las voces corrientes!...

El autor del cuadro se retrató á sí propio en el personaje que aparece en el coche del primer término. Nosotros que conocemos la delicadeza exquisita del artista, creemos que esta circunstancia no obedece á un mero capricho: es que el Sr. Pellicer ha querido asociarse personalmente á la protesta que contra tan dura necesidad levantan todos los corazones sensibles.

PESCADOR DE MARISCOS, estatua en bronce por A. D'Orsi

Anfibio por naturaleza, el pescadorcillo de playa, se zambulle hasta el fondo del agua donde crece la flora

animada de los pintados pólipos, se arrastran las asterias proteiformes y triscan los innumerables crustáceos y demás seres que pueblan el mar; en seguida sale á la superficie, se encarama á la punta de una roca cubierta de resbaladizo musgo, aferrándose á ella con los pies como un cuadrumano, y examina el botín recogido en la cesta durante su rápida expedición. Viviendo de este modo al sol y en el seno de las saladas ondas, soportando, siempre desnudo, los halagos de la brisa ó los embates del viento, vigoriza sus músculos, adquiere su piel un color moreno y lustroso, y se convierte en un tipo escultórico muy á propósito para su reproducción en bronce, como lo ha hecho con feliz acierto el distinguido escultor A. D'Orsi.

EL VIOLINISTA.
dibujo á la pluma por A. Casanova

Pocas palabras necesitamos dedicar á este artístico dibujo; su asunto es tan sencillo que no requiere descripción especial; y en cuanto á su ejecución, estamos persuadidos de que las personas que posean algunos conocimientos pictóricos, y aún las meramente aficionadas, apreciarán como se merece un trabajo en el que se revela la mano maestra que lo ha trazado y que reúne al armonioso efecto del conjunto esa admirable facilidad y soltura que tanto sorprenden en los detalles y que campean en alto grado en cuantas obras salen de la pluma ó del lápiz de nuestro celebrado compatriota.

VENDEDOR DE IMAGENES,
cuadro por Matías Schmid

Ni la mercancía es de primer orden, ni el momento es el mejor escogido para venderla. A esto débese sin duda el desden con que el pobre mercader es acogido.

El cuadro que esto nos dice está perfectamente concebido y ejecutado con habilidad suma. Ni una sola de sus figuras deja de tener importancia; todas ellas entonan el conjunto. Atrae, sin embargo, la atención del espectador, el delicioso grupo que forman la esposa é hijo del vendedor de imágenes. Aquella pobre mujer es un tipo inmejorable de la belleza ajada por la miseria y de la necesidad sobrellevada con resignación.

¡Infelices! Podrán no merecer sus imágenes los honores de la compra; pero su dolor bien merece un socorro y un consuelo.

EL LIBRO Y EL CAÑON

I

Yo no sé cómo se encontraron de hojas á boca, ni quién fué el que los puso frente á frente.

Pero sí sé que estaban allí, solos, en la inmensidad de aquella gran sala que parecía un abandonado museo; el uno, sobre un pupitre de encina, con el lomo de tafilete apoyado sobre la carcomida madera, abierto por un capítulo que decía: *Progreso de la humanidad. Instrucción y trabajo*; el otro, sobre una cureña de hierro fundido, enseñando su horrible y tenebrosa boca, por la cual habían salido tantas veces los rápidos mensajeros del exterminio y de la ruina, y ostentando con orgullo los monstruosos contrafuertes de su barriga y el potente mecanismo de su móvil culata.

Los empolvados vidrios de las altas y rasgadas ventanas tamizaban, haciéndola más débil, la luz semi-crepuscular de la brumosa tarde.

En la penumbra de la inmensa galería reinaba el más profundo silencio, silencio que aprovechaban las arañas, esos grandes geómetras del abandono y de las tinieblas, para trazar sus inimitables figuras y tejer en los rincones del maderamen del techo sus aéreos edificios.

De pronto, se oye un quejido lastimero, é inmediatamente despues, un vocejon, semejante á un disparo, que á tiro de ballesta oía á salitre.

II

—¿Quién anda ahí?—pregunta el vocejon.

—Soy yo.

—¿Y quién eres tú?

—¿No lo ves? tu vecino el libro.

—¡Vaya una vecindad de fuste! ¿Y por qué te quejas, petate?

—Por nada, ¡ya pasó! Era una polilla que me estaba royendo una hoja.

—¡Habrás visto mandria igual! ¿La mordedura de una polilla te arranca un quejido? Aprende de mí, que no me quejo aunque me desmonten de un balazo!

—¡Ya! ¡si yo fuera de acero como tú!...

—¿Y para qué mil diablos te habían de hacer de acero? Para lo que sirves en este mundo, basta con que te hagan de *papel mojado*. Tu ridículo origen está diciendo lo que eres. Sales del cesto del trapeero y al cesto vuelves, despues de unos cuantos años de inútil charla. ¡Que una polilla te roe una hoja! Y por eso me barrenas el oído con tus gritos! No te apures, infeliz, que por muchas que te roa todavía te han de quedar bastantes para envolver especias ó... para otra cosa peor.

—Mira, grandísimo bárbaro, ¿me insultas por que me ves chico? ¡Pues anda con cuidado! Sábete que á otros más poderosos y más fuertes que tú les he hecho yo morder el polvo.

—¡Miserable pigmeo, me das lástima! ¿A quién has hecho tú morder el polvo? ¿A alguna desventurada hormiga que se habrá extraviado entre tus amarillentas páginas! ¿Más poderoso que yo, belitre? ¿Sabes á quién estas hablando?

—Sí, á un tagarote que se cree gran personaje, porque de cuando en cuando escupe argumentos huecos.

—Pero muy contundentes y que no tienen réplica.

—Segun.

—Que te digo que no la tienen, despreciable monigote! No son como los tuyos, que todo el mundo los alambica, los desmenuza y los contradice. Cuando yo tomo la palabra, todo bicho viviente se mete la lengua en un zapato.

—¡Qué ancho está el muy animalote con su fuerza!

—Si no fueras tan ignorante, comprenderías que esa fuerza me la debes á mí, y tendrías mas educación y, sobre todo, más gratitud.

—¿A tí?... ¿qué te debo yo á tí? ¿Qué puede deber-te, parlanchin sempiterno, un cañon Krupp que tiene el honor de cargarse por la culata? ¡Cállate y no me hagas reír!

—¡Todo! ¿qué serías tú sin mí? Una miserable bomba, un tubo de madera con aros de hierro que estallaría de risa al tercer disparo. ¡Ten más respeto por quien, si mucho le apuras, puede llamarse tu verdadero padre!

—Hombre, tú deliras!... ¿Tengo yo facha de descender por línea recta de un manojito de papel cosido?

—No, tienes facha de lo que eres, de muy bruto; pero no por eso dejas de deberme el sér de que hoy te enorgulleces. ¿Eres tú acaso el primer hijo que degenera, arrojándose á la cola?

—¡Hombre, no me tientes la paciencia!... Mira que me estás *cargando*, y que si te pego un bufido...

—Te guardarás muy bien; aquí no estamos en ninguna tronera.

—No te fies.

—Te decía, grandísimo zoquete, que desde las moléculas minerales que te constituyen hasta la última rosca del enorme tornillo de tu culata, todo lo debes á la ciencia que yo enseño.

—¿De veras?

—¡Como lo oyes!—¿A quién debes tu metal? A la mineralogía.—¿A quién la fuerza de que haces alarde? A la química que te dió la pólvora, primero, y despues ese temple y esa rotundidad que te hacen tan resistente.—¿A quién debes tu prodigioso alcance y la rapidez de tus tiros? A la mecánica.—¿Quién dirige la trayectoria de tus proyectiles? La balística. ¡Pobre cegato! ¿Cres que el fundidor Krupp te dió al mundo sin más trabajo que golpearse la frente?

—Lo que yo creo es que tratas de marearme hablándome en gringo. ¿Qué me importa á mí toda esa grotesca genealogía que me sacas á plaza, ni qué tengo yo que ver con ella? Nada absolutamente. Yo existo, porque existo, sin meterme en más averiguaciones. Y aunque ignorante, sé alguno que otro latinajo y puedo decirte como Dios: *Ego sum qui sum*, yo soy quien soy, esto es, todo lo que hay de más sustancial, sólido, persuasivo é incontrovertible. Y también podría decirte como el poeta....

—¡Calla! ¿tú conoces los poetas? No sabía que tenía el honor de hablar con un cañon literato.

—Ni lo soy ni quiero. Para matar no se necesita saber leer.

—Como ibas á citar á un poeta, cref....

—¿Que le habia leído? ¡Libreme el dios Marte! Pero tengo buena memoria, y recuerdo que un oficial de artillería, sentado en mi cureña, leía una vez los gorgoritos de uno de esos ruiseñores de la humanidad y puedo decirte como decía aquel ruiseñor, á propósito de no sé qué diosa:

En mí la ciencia enmudece,
en mí concluye la duda,
y árida, seca y desnuda
enseño yo la verdad....

y, la verdad, triste ó alegre, como quieras llamarla, es que, de nubes abajo, no hay más que una cosa inmutable y digna de veneración....

—¿Tu negra y feísima persona?

—¡Justamente! O lo que es igual, la fuerza que yo represento.

—¡Ah, gagnápiro! Lo que tú representas es la barbarie, y si de algo me vergüenzo es de haberte perfeccionado. La verdadera fuerza es la fuerza intelectual, y esa reside en mí; la verdadera fuerza es la que crea, la que reorganiza lo que tú destruyes, la que res-

taña la sangre que tú derramas, la que vuelve á cubrir de amarillas mieses los campos que tú conviertes en yermos, y de fábricas y artefactos las poblaciones que tú reduces á escombros; la verdadera fuerza es la que remueve las montañas, lentamente, pero las remueve; la que, poco á poco, y merced al trabajo y á la industria, cambia la faz del mundo; la verdadera fuerza es la que, apoyándose en el derecho y la justicia, que yo enseño, marcha por el camino del progreso, con un pico en una mano y una antorcha en la otra, hácia el ideal de la humanidad, hácia esa divina trilogía que se llama *paz, instrucción, trabajo*.

—Bah! bah! bah! Palabras sonoras, pero nada más que palabras. Hablas como un libro....

—Hablo como lo que soy.

—Justo, pero también desvarías como lo que eres.

—Cuando á estos pobres libracos se les sube la tinta á la cabeza, no hay quien los aguante! ¿Qué estás ahí hablando de derecho y de justicia? El derecho.... soy yo; lo he sido siempre, y lo seré mientras haya pólvora. ¿La justicia?... El que me eche á mí en su simbólica balanza puede gritar á boca llena: *¡allá va ese platillo!* Pero, hombre, ¿qué libro eres tú que no sabes la historia? Abrela por donde te dé la gana, y te desafío á que encuentres en ella un derecho ó una justicia que no se apoyen en mí.

—¿En tí?... En tí no se ha fundado nunca nada durable!

—¡Todo! ¿No has oído tú hablar mil veces de cierta *columna del orden*? Pues esa columna soy yo. Si yo no le mantuviera, el orden se iba noramala. Y ¿puede existir algo en el mundo sin el orden? Responde, pobre chorlito.

—No, sin orden nada puede existir. Pero el orden que tú mantienes no es el verdadero. El verdadero orden....

—¡Déjame en paz con tus clasificaciones! ¿Vas á decirme que es el que anda de bracero con la libertad? ¡Bonita señora! Más de cien veces se ha puesto á corretear las calles, gracias á tu maldita charla, y otras tantas he tenido yo que venir á romperle la crisma, por escandalosa, y á mandarla al hospital de inválidos.

—¡Animal!

—¿Eh?... Desengáñate, el verdadero orden es el que no permite que nadie levante el gallo. Y lo repito, yo soy la columna de ese orden. Soy más. De Maistre dijo....

—Qué, ¿también conoces á de Maistre?

—De oídas. De Maistre dijo que la clave de la bóveda social era el verdugo. De Maistre se equivocó, y si no se equivocó, porque de Maistre era un gran hombre, debió añadir que esa bóveda tenía dos claves y que la otra era el cañon.

—¡Hermosa clave!

—Si á tí no te parece hermosa, eso va en gustos. Pero soy más todavía. Te dije antes que sabia alguno que otro latinajo. Escucha este: *salus populi, suprema lex*.

—¿Y qué?

—Que aunque yo no he perdido el tiempo estudiando la lógica insustancial que tú enseñas, vas á ver cómo hago deducciones. Cada vez que unos labios gubernamentales pronuncian ese latinajo, me sacan á mí del parque y se arma la de Dios é Cristo. ¿Qué se infiere de aquí? Que esa *ley suprema* soy yo: que la *salvación del pueblo*, soy yo también: yo lo soy todo: *Ego sum qui sum*.

—¡Zopenco! Tú no eres más que un pedazo de materia inerte, sin alma....

—¿Sin alma?... ¡Pues es menuda!... nueve centímetros de diámetro.

—No tomes el rábano por las hojas, animal.

—Que no me andes con motes, porque repito que me vas *cargando*! Y si me pones en el *disparador*....

—Harás una de tus muchas barbaridades, lo sé; pero no temo tus amenazas. Yo soy indestructible, inmortal, y, como el fénix, renazco de mis cenizas. Te decía que tú eres un pedazo de materia inerte. Por tí mismo nada vales si algunos brazos, al servicio de una inteligencia, no te dirigen y te ponen en movimiento. Y ¿quieres compararte conmigo? Yo, aunque proceda del cesto del trapeero, como me has echado en cara, aunque no me compongo más que de algunas cuartillas de papel y de algunos gramos de tinta, yo tengo espíritu, yo tengo luz....

—Pues y yo?... no tengo luz?

—Sí, la del fognazo; pero tu luz quema, no ilumina. Tu luz, rápida y rojiza, vuelve á dejar el mundo sumergido en más densas tinieblas. Yo soy faro sereno y permanente que enseña á la humanidad el camino del porvenir. ¡Tus proezas!... ¡puedes hablar de ellas! La mayor parte, son proezas de bandido. ¿Qué has hecho tú en toda tu sangrienta y arrasada vida, sino presidir el robo al por mayor, el

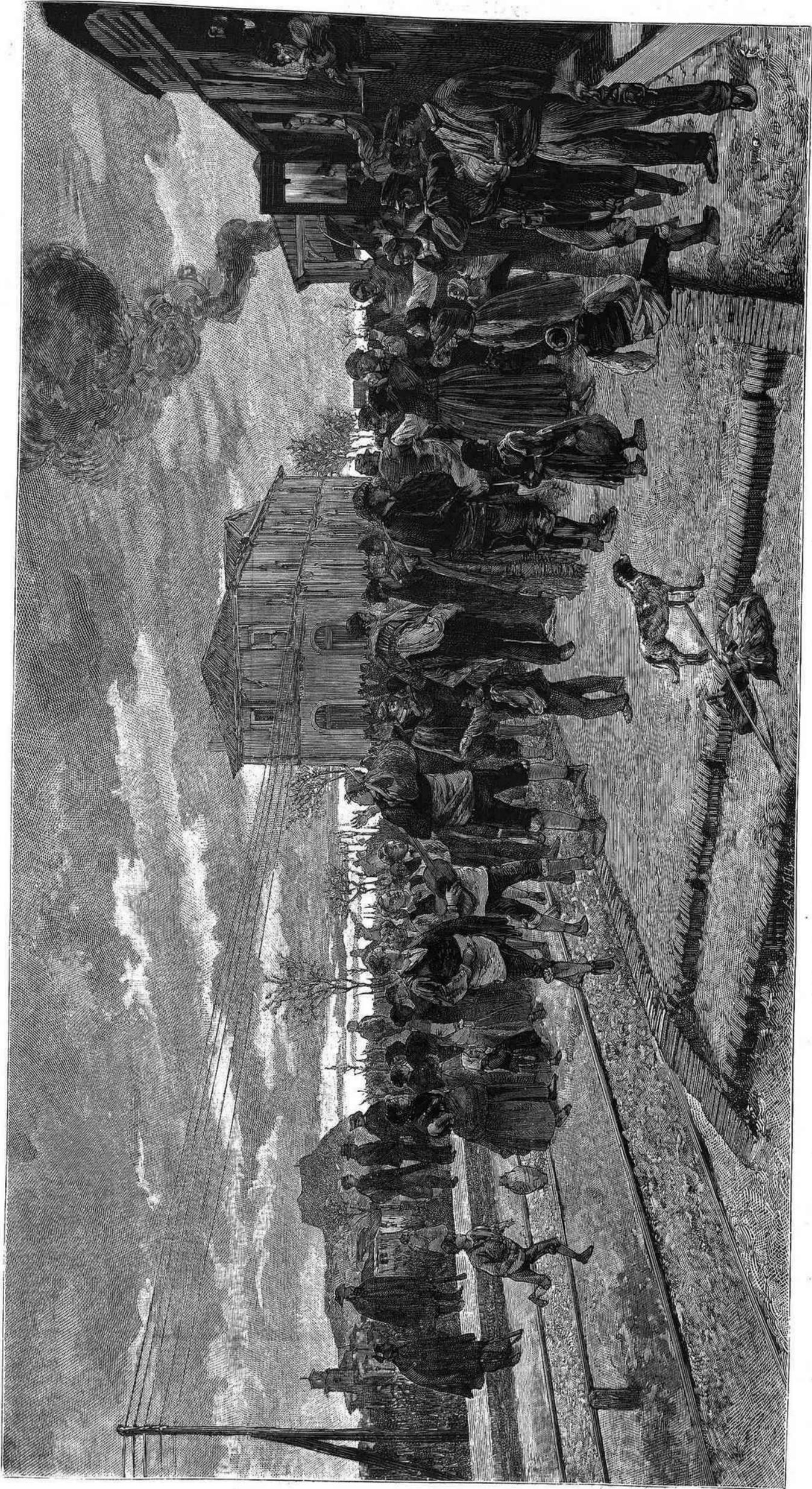


PRADOS A ORILLAS DEL RHIN, cuadro por Herman Baisch

H. Baisch 1881



VENDEDOR DE IMÁGENES, CUADRO POR MATIAS SCHMID



LAS QUINTAS, cuadro por J. L. Pellicer. (grabado por E. y A. Tilly)

pillaje y el asesinato? Qué has hecho tú en tus más nobles campañas? Destruir implacablemente, servir de escabel á rapaces pasiones, y derramar lágrimas y sangre.

—¿Y tú?...

—Yo también hago derramar lágrimas algunas veces. Con frecuencia, siento mi papel humedecido; pero esas lágrimas son de ternura, de consuelo, de entusiasmo, y ellas me enorgullecen, porque me prueban que el que me lee se ha vuelto mejor y más humano. ¡Tu poder!... el poder de la fuerza bruta. ¿Qué poder es ese que teje y desteje como una Penélope, que ha hecho y deshecho cien veces el mapa de Europa, que ha puesto y quitado fronteras, que defiende hoy lo que ayer combatía, sin encontrar nunca estabilidad ni sosiego? El verdadero poder es el mío. ¿Tú me citabas la historia? Pues en ella verás mi trabajo de cíclope, en ella verás lo que yo he hecho desde que Guttenberg me sacó de la primera prensa. ¡Humíllate, barbarote! Yo, animado por el espíritu de Voltaire, de Rousseau, de los enciclopedistas del siglo XVIII, metí la mano en la sociedad y la volví del revés como si fuera una vieja manga, destruyendo para siempre....

—¡Hola! ¿Tú también destruyes?

—Si, destruyendo para siempre el mundo de iniquidades que tú habías defendido, y que defenderías aún, si esas iniquidades pudieran volver. ¡Tu poder!... Tú perforas murallas, tú barrenas paredes, para llevar la muerte al anciano, al niño, á la pacífica familia que se sienta en torno del hogar; pero ¿has perforado algunas montañas, has abierto algún túnel para llevar la vida mercantil y la prosperidad á una comarca? ¿Has atravesado la inmensidad de los mares para echar un lazo de union entre dos continentes, para ligarlos por medio de la palabra eléctrica? ¡Tu fuerza!... ¿Sabes, grandísimo bruto, porque la tienes todavía? Porque todavía soy yo un enigma indescifrable para millones de infelices; porque los brazos que te alimentan de pólvora y hierro y te mueven no son más que brazos, sobre los cuales hay un triste melon en lugar de cabeza. Cuando sobre esos brazos haya una cabeza que sepa leer, que piense, que medite, que reconozca todo lo que tienes de repugnante y bárbaro, entonces perderás esa fuerza, y avergonzado, enmohecido, roñoso, te quedarás reducido á simple curiosidad y concluirás tu existencia pacíficamente entre las empolvadas telarañas de algún museo arqueológico.

—¡Pamplinas! ¿Tú me dices eso ó me lo cuentas?

—Te lo digo y te lo profetizo.

—Bueno, pues échate á dormir con esa esperanza. Por mucho que tú charles, *siempre* ¡oyelo bien! *siempre* tendré carne que destruir é ignorantes que me sirvan. ¿Te vanaglorias de que tu luz disipará la ignorancia? ¡Pobre loco! La ignorancia es como la pobreza, una *calidad esencial* de las sociedades, según dijo cierto político en una asamblea. La ignorancia es una mina de pingües rendimientos y hay muchos mineros interesados en ella para que tú consigas cegarla. Además ¿cómo quieres que yo pase á curiosidad arqueológica, teniendo en mi abono la gloria?

—¿Qué gloria?

—Pues la gloria militar, la que produce, no ya manojos, sino matorrales enteros de laurel, de ese embriagador laurel que me ciñe.

—¡Laurel envidiable!

—¿Vas á negarme también que no hago brotar laureles? Los que ciñeron Alejandro, y César, y Napoleon, y....

—Hasta en tus citas eres estúpido. Si me hablas de los que ciñó Washington... ¡anda con Dios! Esos, aunque tintos en sangre, como todos los que tú procuras, tienen siquiera el barniz del patriotismo. ¡Tus laureles!... ¿Dónde estarán los de esos carniceros que me has citado, cuando brillen todavía en la historia los de Homero, Dante y Byron? ¡En el polvo del olvido! Tus laureles palidecen ante otros más sangrientos; los míos, nunca. Y tú mismo, barbarote inconsciente, máquina ciega, ¿qué eres después de todo? Fuerte con los débiles, cobarde con los que pueden más que tú.

—¡Yo cobarde!

—Sí, cobarde y cortesano. ¿Te suicidas estóicamente cuando otro cañon más poderoso te unta el oído con saliva? No, vas á servir de trofeo al vencedor para celebrar su triunfo, y, ó derrites tu metal para hacer alguna columna Vendome, ó te pones de adorno en algún hospital de inválidos para quemar pólvora en salva en los cumpleaños de los grandes. ¡Ahí tienes en lo que pára tu fuerza, pedazo de animal!...

—¡Si me lo vuelves á decir!...

—¿Qué?

III

—¡Pum!...

Con los razonamientos del libro, el cañon acabó

de *cargarse*, y, al querer replicar, se disparó.... como lo que era.

El pupitre y el libro salieron volando.

Los cristales de las ventanas de la galería quedaron hechos polvo.

Y las arañas del techo suspendieron sus tareas, murmurando para su coselete: «Dejemos que termine por allá abajo tan acalorada discusión.»

IV

Algunos siglos después, un traperero, sentado en el umbral de una puerta, meditaba estas frases que acababa de leer, á la luz de su farolillo, en una hoja de papel enganchada en el arroyo:

«La fuerza es la reina del mundo, pero no la fuerza bruta, sino la intelectual. Si quieres ser fuerte, instrúyete.»

«La holganza es la madre de la miseria, y la miseria es la madre del crimen. Si no quieres ser miserable y criminal, si quieres ser rico y respetado, trabaja.»

«El cañon es un animal ciego que nada funda...»

V

—¿Qué cañon será este?—murmura el traperero.—¿Será el cañon de alguna chimenea? ¿Será el cañon de la pipa? ¡Imposible! ¿porqué le llama animal y ciego?

¿Habrá habido en el mundo otros cañones?...

Mañana iré á la biblioteca y lo veré en el diccionario.

FEDERICO DE LA VEGA

EL GUARDIAN DE SAN FRANCISCO

(Tradición granadina)

En la sacristía del convento de Santa Cruz de Granada, hoy parroquia de Santa Escolástica, veíase hace algunos años (no sé si existirá á esta fecha) un lienzo ya bastante oscuro y deteriorado, pero que á pesar de todo dejaba adivinar la destreza del pincel que lo creó, encerrado en una de esas molduras doradas y sobrecargadas de adornos de pésimo gusto que tanto abundan en el interior de los templos.

Aquel cuadro, como otros muchos de los que pasan desapercibidos ante los ojos del viajero que visita los monumentos granadinos, tiene su historia particular. Representa un anciano religioso de la orden de San Francisco, de ojos hundidos, pómulos salientes, nariz aguileña y demacrado semblante. Es pura y simplemente un retrato; pero hay tal dulzura en sus labios descoloridos, tal humildad en sus ojos y tal misticismo en todo su conjunto, que muchos han creído ver en él una efigie del santo fundador de aquella orden, á quien el artista, por uno de tantos caprichos, hubiese suprimido las manchas sangrientas en el costado y en las manos que sirven de distintivo á San Francisco de Asís. Sin embargo, no es su imagen la que está representada en aquel lienzo; es la de uno de sus prosélitos, digno émulo de su maestro (1).

Hé aquí su historia.

En la estrecha y desigual plazuela que media entre la llamada del Realejo y las tapias que rodeaban el compás del convento de Santa Cruz, había por los años 1708 á 1710 una casa de gran apariencia, perteneciente á don Guillen de Acuña, anciano caballero que había ocupado uno de los mejores puestos en la corte del rey don Carlos II; pero á la muerte de aquel débil monarca, no quiso mostrarse partidario del duque de Anjou, y unido esto á encontrarse cansado de las intrigas palaciegas, retiróse á Granada, su patria, para dedicarse por completo á la educación de su hijo único, y por lo tanto heredero de su ilustre nombre y su pingüe fortuna.

Pero al cabo de algunos años pudo convencerse el bueno de don Guillen de que había perdido lastimosamente el tiempo; pues en la época á que nos referimos, el joven don Andrés de Acuña, que era ya un apuesto mancebo, bien por efecto de su natural carácter, bien porque la misma educación recibida hubiese halagado su vanidad y amor propio, era uno de los jóvenes más desenfrenados de la ciudad, habiendo ya creado fama con sus continuas pendencias y locuras.

Débil el padre para contenerle, satisfacía todos los caprichos del hijo sin atreverse á sostener con él una polémica seria; contentándose con gruñir

(1) Este cuadro, según se nos ha informado, se hallaba en la iglesia del convento de San Francisco, pasando al lugar que hemos indicado, al ser demolido aquel templo.

entre dientes cada vez que pagaba una nueva deuda contraída por aquel ó que llegaba á sus oídos la noticia de otra hazaña; en tales términos, que raro era el día que no tenía don Guillen algún entuerto que enderezar ó algún agravio que desfacer.

Mientras tanto don Andrés continuaba su vida de disipación y crápula, gastando el oro á manos llenas en orgías y bacanales con otros jóvenes tan libertinos y procaces como él, sacando la tizona á cada momento por un quitame allá esas pajas, y teniendo, como quien dice, en un puño á todo bicho viviente.

Pero como al fin y á la postre no hay persona que no dé con la horma de su zapato, hé aquí que también nuestro héroe dió con la suya cuando menos se figuraba.

En la calle de Elvira, muy cerca del pilar del Toro, habitaba una joven viuda de hermoso rostro y gallarda presencia, y hubo de prendarse de ella don Andrés y pasear su calle, sin considerar que aquella dama tenía un amante á quien no había de gustar ver moros en la costa. Resultó, pues, lo que era consiguiente; riñeron ambos rivales delante de la casa de la bella, y con tan negra fortuna aquella vez para nuestro joven, que cayó al suelo mortalmente herido y fué conducido á su casa sin esperanzas de vida.

Don Guillen rabió, se mesó los cabellos, puso en juego cuantos medios le sugirió su mente para castigar al agresor; pero todo fué inútil. El rival de don Andrés, que se llamaba don Juan de Maldonado, estaba agarrado á buenas aldabas, como que era nada menos que primo del alcalde de casa y corte; y como además de esto, nadie sentía el percance ocurrido porque no había quien no tuviese motivos para profesar á nuestro galán odio y mala voluntad, se echó tierra sobre el asunto y todo el mundo quedó tranquilo, esperando que aquella herida sirviese á don Andrés de pasaporte para el otro barrio.

Pero contra todas las esperanzas, el joven no murió de aquella hecha; y aunque lenta y penosa su curación, pudo al fin ponerse de pié y prepararse para nuevas aventuras.

Entonces empezaron de nuevo los temores, y todos compadecieron á Maldonado, porque recelaban que tarde ó temprano sabría don Andrés cobrarse en la misma moneda. Pero aquel no echó el aviso en saco roto, y se preparó para el caso de un nuevo ataque, haciéndose guardar las espaldas cuando iba á ver á su dama.

Por su parte don Andrés no olvidaba el agravio, y esperaba con ansia el momento de vengarse; pero unas veces las prescripciones del médico, otras los ruegos de su padre, le retuvieron encerrado en la casa más tiempo del que el fogoso doncel podía soportar.

Por fin, una noche, encontrándose bastante firme y ardiendo en vengativos deseos, sobornó á un criado para que le entregara la llave de la puerta, y armándose de su tizona se lanzó á la calle, cerca de la una de la madrugada.

Atravesó con paso ligero la plaza del Realejo y la calle de Santa Escolástica; pero al pasar frente al convento de San Francisco, vió destacarse con paso lento y silencioso una sombra del pórtico de la iglesia y dirigirse al centro de la calle, como cortándole el camino. Ya hemos dicho que nuestro joven no era cobarde; así es que echó mano al puño de su espada para abrirse paso; pero la sombra siguió impertérrita, y entonces el aterrado mancebo observó que era un fraile franciscano, cuyos ojos despedían en la oscuridad un brillo vago y fosforescente.

Sintióse acometido de un terror hasta entonces desconocido, y haciendo la señal de la cruz emprendió la fuga lleno de pavor, sin atreverse á mirar atrás, y no paró hasta verse dentro de su casa y encerrado en su cuarto.

Pero una vez allí y recobrada la calma, entró de nuevo en él la reflexión. ¿No podría ser aquello un ardid para probar su valor? ¿Qué se diría al día siguiente, cuando se supiera que don Andrés de Acuña había huido de una sola persona? Pensó además en la dama de la calle de Elvira, que estaría á aquellas horas conversando con su amante; pensó en el grave peligro que había corrido por culpa de éste.... y no pensó más. Bajó precipitadamente la escalera, cruzó el patio y el portal, y abrió.

Don Andrés sintió erizársele el cabello y helársele la sangre en las venas. En la plazuela y á muy corta distancia, vió al mismo fraile de paso lento y ojos fulgurantes que avanzaba, avanzaba sin cesar hacia él.

Cerró la puerta lleno de espanto, y subiendo como un loco á su cuarto, se dejó caer en un sillón.

¿Quién podía ser aquel fatídico monje que le perseguía? ¿Qué quería de él?

Otra vez entró la reflexión en su ánimo. Aquello

debía ser un disfraz: tal vez era algún conocido, algún amigo que se burlaría de él al día siguiente. ¿Cómo escucharía aquellas burlas sin correrse de vergüenza? Era preciso saber quién era el fraile; era preciso salir de nuevo á la calle.

Don Andrés se levantó, abrió la puerta de su cuarto y dió unos cuantos pasos. Pero al mirar al fondo del corredor, vió la misma sombra, callada, tétrica, silenciosa, que avanzaba sin hacer el menor ruido, sin mover un solo pliegue de su hábito.

El jóven no pudo soportar aquella tercera vision; dió un grito agudo y cayó sin sentido en el pavimento.

Cuando tornó en su acuerdo, era completamente de día. Se hallaba en su lecho y rodeado de varios amigos.

—Bien te lo indicamos ayer, le dijo uno; todavía no estás bastante firme para salir á la calle; así es, que á la mitad del corredor te faltaron las fuerzas y caíste desmayado.

—Y ha sido un caso providencial, añadió otro; no sé como se enteró Maldonado de que anoche pensabas ir en su busca, y te tenía dispuesta una celada. Cuatro hombres te esperaban en la plaza Nueva para asesinarte á traicion!

Don Andrés escuchaba todo esto atónito y sin pronunciar una sola palabra.

Sus amigos le creyeron todavía presa de la fiebre; pero muy pronto vieron que sus ojos se cerraban, sus labios se movían como murmurando una plegaria y de sus párpados corrían lágrimas abundantes.

También pudieron entonces observar un fenómeno muy extraño: en su frente, ántes tersa y juvenil, se señalaban algunas arrugas prematuras, y en su cabellera negra y lustrosa, blanqueaban algunas hebras de plata.

Un mes después de aquella noche terrible, tomaba don Andrés de Acuña el hábito en el convento de San Francisco; y fué tan ejemplar su vida, que llegó á ser guardian, falleciendo en la mejor opinion á mediados del siglo.

Este es el personaje que representa el retrato que hemos mencionado. En cuanto al suceso que motiva esta historia, no respondemos de su veracidad. ¿Sería efectivamente un aviso del cielo que evitó á don Andrés ser asesinado, abriéndole al mismo tiempo el camino de su salvacion, ó tal vez fué todo resultado de un acceso febril? Sea como fuera, yo me limito á contar lo tal como lo refiere la tradicion.

SALVADOR PEREZ MONTOTO

NOTICIAS GEOGRAFICAS

POBLACION DEL GLOBO.—La casa Justus Perthes de Gotha ha fundado un instituto geográfico que acaba de publicar el resultado de sus trabajos durante el año 1882. Entre ellos, todos muy notables, se pueden citar los que se refieren al recuento de la poblacion del mundo entero. Según los últimos datos, el número total de habitantes de la tierra es de 1,434 millones de individuos, lo cual da un término medio de 10 á 11 habitantes por kilómetro cuadrado, admitiendo una superficie de 136 millones de



PESCADOR DE MARISCOS, estatua en bronce por A. D'Orsi

kilómetros cuadrados de tierra firme sobre cerca de 510 millones para la superficie total del globo terrestre.

El país más poblado con relacion á su superficie es el antiguo reino de Sajonia, que cuenta 198 habitantes por kilómetro cuadrado; sigue Bélgica, que tiene 188 respectivamente, y Alemania, con 84 solamente, no resultando para Francia mas que 71.

LOS PUERTOS MAS IMPORTANTES DE FRANCIA.—Clasificados según su tonelaje efectivo, los puertos más importantes son doce, á saber: 1.º Marsella (4 031,328 toneladas); 2.º el Havre (2,524,563); 3.º Burdeos (1,934,423); 4.º Dunkerque (1,442,595); 5.º Rouen (1,140,342); 6.º Cette (998,887); 7.º San Nazario (698,087); 8.º Dieppe (594,387); 9.º Bolonia (563,701); 10.º la Rochela (404,944); 11.º Nantes (378,489); 12.º Calais (390,746).

LOS ALEMANES EN LA OCEANIA.—Los armadores de Brema acaban de constituir una Sociedad de navegacion por vapor que prestará su servicio con pabellon español, á fin de aprovechar las ventajas reservadas al pabellon nacional para los cambios con las colonias españolas. La nueva línea correrá entre Brema y las colonias españolas de Cuba, Manila, etc.

NOTICIAS VARIAS

RESTOS DE LA ANTIGUEDAD.—Los aficionados á curiosidades podrán comprar muy pronto toda clase de objetos de adorno, y hasta pianos, todos modernos, contruidos con madera cortada hace diez y nueve siglos por los legionarios romanos en las selvas vírgenes de Germania, salvaje entonces; pues se ha descubierto la estacada del puente que Druso mandó construir, en el último decenio ántes de nuestra era, entre lo que fué campo

atrincherado de Maguncia y la orilla opuesta del Rhin, donde hoy está Kastel, ocupando el mismo sitio en que se elevaba, en aquella remota época, el castillo de Trajano. El número de vigas y troncos de roble enclavados en el lecho del rio es verdaderamente asombroso, y la calidad de la madera inmejorable, si se exceptúa una capa exterior carbonizada de muy poco grueso; su dureza y compacidad son mucho más considerables que las del roble de nuestra época.

A la subasta que se efectuó con motivo de este descubrimiento acudieron industriales hasta de Holanda é Inglaterra. El fabricante de pianos Riese, de Berlin, pudo adquirir un regular cargamento.

**

DESCUBRIMIENTOS INTERESANTES.—Los montes Urales vuelven á ser el campo predilecto de las exploraciones de los geólogos y de los geógrafos rusos.

M. Malakhoff, individuo de la Sociedad rusa de geografía, ha continuado sus investigaciones zoológicas y etnográficas en el Ural del centro, visitando detenidamente las viviendas lacustres descubiertas en la inmediacion de Ekaterinburgo; y auxiliado por un individuo de la Sociedad de mineralogía, acaba de explorar la montaña de Kachkanar, que tiene 3,000 piés de elevacion, y donde ha formado interesantes colecciones de plantas y de insectos. Cerca de Irbit descubrió curiosos montones de osamentas, y en el lago Ayat viviendas lacustres que contenían grandes utensilios de pizarra; en una caverna situada cerca de las fundiciones de hierro de Mías, halláronse instrumentos de piedra y de hueso, y en el lago Bayaryak, moldes para modelar figuras de hombres y animales; estas reliquias datan de la época prehistórica.

CRONICA CIENTIFICA

LA UNIDAD DE LA MATERIA

I

No sabemos qué sea la materia en sí; y, sin embargo, los filósofos, desde los más remotos tiempos, vienen discutiendo sobre su constitucion. Hoy los pensadores de mayor fama juzgan que la materia es única, pero susceptible de diversidad de movimientos; y la percepcion de esa diversidad es lo que nos hace creer en la existencia exterior de cuerpos diferentes.

Ya en esta misma Revista ilustrada ha habido ocasion de indicar que no podemos considerar las modificaciones sensibles experimentadas en nuestro sér, como signos ó representaciones de semejanza de las cosas exteriores. Sólo á las personas de poca educacion científica les es lícito creer que, por ejemplo, los sonidos y los colores están en los cuerpos que decimos sonoros ó brillantes. Creemos, sí, que hay objetos en el mundo exterior, y que esos objetos nos modifican; pero á la conciencia del pensador educado aparece patente que lo que ocurre en nosotros no es lo que pasa en el exterior; y que nuestras modificaciones sensibles son sus signos solamente.

Los signos son, unos de semejanza, y otros no. Un retrato es signo que semeja su original: el modelo de una máquina la semeja y representa. El pabellon nacional representa á la nacion, pero no la semeja. Las palabras luna, lune, selene, Mond, moon.... son indudablemente signos, pero que en nada se parecen al satélite de nuestro globo.

A esta segunda clase pertenecen nuestras sensaciones. Nuestra conviccion es que, fuera de nosotros hay movimientos, y que en nuestra conciencia existe correspondientemente lo que llamamos sensacion, fenómeno interno. correlativo sin duda con el considerado como externo, pero de ninguna manera semejante á él. Una aguja se hinca en mi mano, perforándome la epidermis: fuera,

hay un movimiento: en mi conciencia un dolor. Lo que en mí pasa no es lo mismo que lo que ocurre en la aguja: á la aguja nada le duele. Un laud me agrada con dulcísimas notas: fuera de mí hay vibraciones en las cuerdas del instrumento musical; es decir, movimiento: en mi conciencia hay sensación de sonido: yo oigo: el laud no oye: yo siento placer: el laud no siente nada. Una rosa despide minutísimas partículas aromáticas que bombardean mi aparato olfativo: fuera, movimiento: en mí, sensación agradable de olor: la rosa no tiene la facultad de oler ni de sentir agrado. Un cuerpo me parece violeta: es que 728 billones de vibraciones luminosas especiales hieren por segundo la retina de mis ojos: fuera de mí hay vibraciones del éter apenas concebibles: esto es, movimiento: en mí, sensación de color: yo veo: el cuerpo violeta no ve. *Et sic de ceteris.*

Esta clase de hechos (sin contar los relacionados con los sueños y las alucinaciones), siendo de experiencia indubitada y de cada instante, han impresionado profundísimamente á las escuelas idealistas desde la más remota antigüedad; y, fundándose en ellos, se han creído con el derecho y el deber de decir á los físicos: «¿Cómo os atreveis á hablar de la constitución de la materia cuando ni siquiera sabéis lo que es materia? ¿Cómo (dicen hoy) profesáis la doctrina de su unidad? ¿Por dónde lo habeis averiguado?»

El idealismo actual no llega á las exageraciones de otros tiempos, y, por tanto, no hace verdaderamente cruda guerra á los físicos que hoy predicán la unidad de la materia cósmica.

Ese idealismo es tolerante: ni niega ni afirma la existencia de un mundo material, y únicamente se contenta con confesar y hacer gala de ignorancia absoluta acerca de la naturaleza. No pretende conocer las cosas en sí mismas; y se queda satisfecho con dejar funcionar, según las leyes del entendimiento, las ideas que surgen en la inteligencia con ocasión y á consecuencia de los llamados excitamientos sensibles; sin tratar jamás de resolver si estas ideas corresponden ó no á una sola materia excitante, ó á muchas de índole diversa; ni mucho menos de averiguar cuál, ó cuáles puedan ser. El mal de esta escuela idealista no sería de importancia, si no fuera porque apaga los bríos de los entendimientos ansiosos de explicarse los fenómenos naturales; y, jactándose de ser altamente filosófica, es lo menos científica posible, puesto que no hay ciencia sin teorías y sistemas,—antorchas de todos los progresos de la Humanidad, mientras no se conviertan, POR JUZGARSE IRREFORMABLES, en dogmas de petrificación.—Esta clase de idealismo es tolerante, y deja hacer.

El idealismo verdaderamente contrario á los hombres de las ciencias naturales es el radical, de que, á principios del siglo pasado, se hizo representante y jefe el erudito obispo Berkeley. Este idealismo niega en absoluto toda existencia material. Según el célebre obispo irlandés, la materia no existe independientemente y como causa de nuestras sensaciones. Cuanto creemos real es una suposición gratuita de nuestro entendimiento; y es lamentable y vacío todo anhelo de hacer filosofía sobre puras apariencias. Pero ¡caso notable! como el hombre de la filosofía no puede vivir sin sistemas, el célebre metafísico en sus *Principios del Conocimiento* y en sus diálogos *Hylas* (el materialista) y *Philonous* (el espiritualista), obligado á dar razón del PROBLEMA DE LA EXTERIORIDAD, mantiene (sin más pruebas que las de la autoridad y metafísica religiosas) que el mundo material existe sólo en el Divino Intelecto; quien despierta en nosotros conceptos sensibles en un cierto orden siempre constante y definido,

al cual, también por ilusión, damos el nombre de «curso de la naturaleza.»

A quien no profundiza en los fenómenos psicológicos no puede menos de parecer demencia extravagante eso de negar rotundamente la existencia positiva de un mundo material. «¿Cómo explicar esa convicción que tenemos todos de que realmente hay cosas que nos encantan, ó nos afligen, ó nos son indiferentes en el exterior?» A lo cual replican los mantenedores del sistema que juzga ilusión esos fenómenos: «¡Como en los sueños!» Durante el sueño nos afligen ó nos encantan ó nos modifican indiferentemente mil fantasmagorías, en cuya realidad no creemos cuando despiertos. Aun durante la vigilia, los alucinados creen en seres sin realidad; y hasta los cuerdos y en posesión íntegra de sus cinco sentidos, juzgan erróneamente según el estado de sus órganos sensibles. Si, acabada de sacar de agua de hielo una de nuestras manos y la otra de agua lo más caliente que podamos resistir, introducimos ambas de golpe y á la vez en agua común á la temperatura ambiente, el agua común nos parecerá, por la mano fría, muy caliente; y muy fresca, por la mano recalentada. ¿No nos semejamos á los ciegos cuando entramos en una cueva desde una gran claridad? ¿No nos ofende la luz hasta hacérsenos insoportable, cuando desde la oscuridad salimos á la claridad del sol? Pues, así como ciertos accidentes puramente internos nos hacen creer durante el sueño y la alucinación en cosas externas sin realidad ninguna objetiva, análogamente el Divino Intelecto despierta en nosotros los conceptos sensibles



EL VIOLINISTA, copia de un dibujo á la pluma por A. Casanova

que creemos de exterioridad positiva; y, como los despierta constantemente en un cierto orden invariable y definido, no tenemos medios de conocer su vanidad, como creemos conocerla en los ensueños, durante los cuales vemos las que juzgamos cosas exteriores sucederse en un orden caprichoso, y contrario á lo que llamamos curso normal de la naturaleza.

Este sistema rotundamente negativo de la existencia de un mundo material es la consecuencia lógica de otro idealismo anterior, que consideraba lo real como simplemente ideal, afirmando que á las modificaciones de nuestro ser, estimadas ilusoriamente por nuestra inteligencia como representaciones de un mundo exterior, no corresponde nada con realidad existente y con actualidad positiva; creencia que, en este sentido, explicaba la divisa de esta escuela: *ideale prius, reale posterius*. El mundo externo es, por tanto, pura objetivación de nuestras concepciones; ilusoria transmutación de lo ideal en creencias de que á ellas corresponde un algo real fuera de nosotros. Mas, ¿cómo explicar estas creencias? Platon lo pretendía por medio de arquetipos ó modelos, según los cuales han sido formados todos los seres. Llamábalos IDEAS, que residían en Dios; y los consideraba como las únicas entidades que tienen por sí solas existencia y realidad absolutas, y de los cuales son pálida copia (ó más bien sombra) las nociones generales que forma nuestro entendimiento (reminiscencias acaso de vida anterior). La escuela aristotélica era hasta cierto punto idealista de la misma especie; puesto que nuestros conceptos, según ella, son sólo las manifestaciones de una Inteligencia Universal del mundo (*noas*), fuerza activa en sí (*entelequia*); fuera de cuyas manifestaciones ó formas la naturaleza sólo existe potencialmente. No sólo la forma sino también la materia, son derivadas por Fichte de la concepción de las cosas externas, sacándola del Yo (*Ich*).

Como se ve, es demasiado abusar de las hipótesis el querer explicar la creencia universal de que existe un mundo externo, recurriendo á afirmaciones de una vida anterior, y á arquetipos y entelequias dotadas sólo de aquellos atributos necesarios precisamente para la explicación del arcano que confunde la inteligencia. Profundizando en el estudio de esos supuestos, la mente admira maravillada la profundísima sagacidad de tales lucubraciones; pero la creencia científica actual de los hombres de las ciencias físicas tiene que seguir derroteros diferentes para buscar otras explicaciones y erigir otras teorías más directamente emparentadas con las oscuras nociones de la sustancialidad de la materia.

Hubo en la antigüedad otra cuarta clase de idealismo (subsistente aún en ciertos puntos), que, prescindiendo de esa sustancialidad, sostenía, sin embargo, la realidad de FUERZAS EXTERIORES; y, dando toda la importancia posible á esas fuerzas, creía que sus variaciones en dirección é intensidad eran la causa de toda generación en la naturaleza.

Supieranlo ó nó, en esas nociones se fundaba el aspecto serio de las creencias de los antiguos alquimistas respecto á la transmutación de los metales viles en los metales nobles (oro y plata), como también respecto á la existencia de aquel famoso elixir dotado de la inapreciable virtud de alargar la vida indefinidamente.

Pero su importancia es tanta, que, para tratarlo con la extensión que su misteriosa vaguedad requiere, se necesita dedicarle exclusivamente artículo especial.

E. BENOT

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON